



Un mundo hermético

Paul AUSTER. *La noche del oráculo*. Traducción de Benito Gómez Ibáñez. Barcelona, Anagrama, 2004, 257 pp.

Hay autores de rara filiación cuya estirpe tiene que ver con su condición anfibia, a caballo entre la realidad y la ficción, entre el duermevela y la vigilia, entre el ensueño y la experimentación, autores con los que se bucea sin los aparejos de la inmersión, de golpe, en tromba, impelidos por una fuerza suave pero irresistible. Autores que arrastran sutilmente hacia un mundo propio, irreversible y contundente, del que, cuando el lector se quiere dar cuenta, es difícil sustraerse sin romper con el encantamiento que toda ficción busca provocar, unas veces mediante la coherencia, otras mediante la rupturas del continuo que la lógica persigue restablecer. El universo de Paul Auster pertenece a esa tradición, a la de la creación autónoma, en precario equilibrio sobre la praxis de los sentidos, desprovista de significaciones precisas y simultáneamente trufadas de ellas, un universo que, desde la primera línea se convierte en una máquina de significados, en un desencadenante de verdades inexistentes pero agueridas. La escritura, como la muerte, es siempre un acto solitario, en el que el aislamiento insondable del artista concita la generación de un universo reproducido en sus coincidencias y relaciones, articulado en virtud de un principio de causalidad ignoto fuera de la mente y del acto creativo. Buscar esa homogeneidad de acciones paralelas, aparentemente azarosas, es mistificar la existencia, pero también justificarla y proporcionarle un hálito de esperanza, la ilusión de que efectivamente el demiurgo trabaja en un cuarto aislado combinando los acontecimientos que balizan nuestras vidas. Quizá el poeta tan sólo contemple absorto la pared de su cubículo hipnotizado ante la fascinación de ese crepitar efímero de aspiraciones y convulsiones que es la vida. La metáfora de la habitación es un motivo recurrente en la obra de Auster. En todas sus obras encontramos una apelación permanente a la soledad, al aislamiento del autor, inmerso en su mundo

particular pero estrechamente conectado a éste, puesto que la habitación, cualquier habitación, como las mónadas leibnizianas, constituye una encarnación simbólica y referencial del universo. El hombre ensimismado, constituye la cifra y resumen del ser que, como un proyección interna, vislumbra en su interior la topografía de su existencia. Desde la Trilogía de Nueva York (*La habitación cerrada*, *La ciudad de Cristal*, *Fantasmas*) la habitación constituye el ámbito infranqueable y acabado en el que se desarrolla la experiencia del protagonista como observador y observado, en un estado de inmovilidad en el que la palabra es el instrumento que sugiere los desplazamientos a través de la experiencia particular y ajena, permitiendo retrotraerse a las fuentes originales de la existencia en las que la persona es un color que se va definiendo a través de la contemplación en el espejo, real o imaginario, de la conciencia externa.

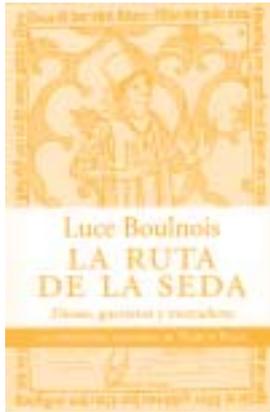
Toda la obra de Auster parece la persecución en pos de un cierre definitivo del círculo a través de la hipóstasis de varias personalidades en las que el progresivo desvanecimiento de unas va siendo ocupado por la aparición de otras, que ocupan el vacío físico e intelectual, que absorben más bien, en su repliegue hacia la realidad esencial y última en el ámbito de la habitación, el lugar que va dejando su antecesora.

Azar, aislamiento, desarraigo, reiteradamente articulando una escritura sin automatismos, recurrente pero siempre novedosa. La tensión irreductible entre la inmovilidad y la renuncia, el ostracismo y la tentación del entorno, como ocurre con el protagonista de la penúltima novela de Auster, *El libro de las Ilusiones*, quien tras haber perdido a su familia en un accidente de aviación, recurre a la escritura como redención y refugio, pero escritura de la nada, sobre la nada, recuperando la vida de un actor de cine mudo, olvidado, invisible, misteriosamente desaparecido después de una breve pero intensa actividad, un personaje irrelevante pero que va adquiriendo fuerza a través de la cadena de acontecimientos que el azar desata.

Estallido del azar, precipitado de derrotas, alambique de la imaginación desbocada, Auster nos conduce del cero al infinito en un viaje sin concesiones. Un periplo que retoma en su última obra, *La noche del oráculo*, donde de nuevo la soledad, la desmemoria, la perplejidad ante el hecho de existir, ante el fatum clásico o el destino, reaparecen bajo la cobertura de Sidney Orr, un escritor que se recupera de una enfermedad, misteriosa y acechante, exponente acendrado de la contradictoria condición de voluntarismo e impotencia en que se debaten muchos de los personajes de Auster. De nuevo las obsesiones de soledad (el autor elabora una novela en la que el protagonista se ve confinado en un cuarto herméticamente cerrado sin posibilidades de redención), color (el cuaderno en el que escribe, comprado en una librería de enigmático dueño y nom-

bre, *El Palacio de Papel*, de un azul intenso), aislamiento (su difícil relación con el entorno), reaparecen con toda la fuerza expresiva que los años, la experiencia y sabiduría le van confiriendo a este excelente autor. Las estrechas e íntimas relaciones entre la introspección y la imaginación no podían haber encontrado mejor envoltorio.

José Antonio Cordón



La ruta de la seda: un camino de civilización

Luce BOULNOIS: *La ruta de la seda. Dioses, guerreros y mercaderes*. Traducción del francés Anna Busquets. Barcelona, Península, 2004, 464 pp.

Las variaciones geopolíticas a que el tiempo arrastra a las distintas sociedades humanas, hace que determinados espacios sean, a lo largo de los siglos, a la vez espacios de unión y separación entre las culturas; que territorios permeables durante siglos al paso de hombres e ideas se conviertan de repente en rígidas fronteras o espacios estratégicos de primer orden que les diferencian de otros espacios. Todo en beneficio y consecuencia a la vez del caprichoso dinamismo histórico. Fue de este modo como desde tiempos inmemoriales los chinos fabricaron la seda, y su cultivo se halla testimoniado en su literatura desde hace siglos. Como la sal en Europa, el oro en África o las especias a través del Índico, la seda se convirtió con el correr del tiempo en un producto codiciado y necesario una vez que Roma se topara con él (de manera casual) e hiciese de su consumo una dependencia. Sería el extravagante emperador romano Heliogábalo quien, en el s. III, primero se vistió de pura seda, y, con el tiempo, el Cristianismo heredó la costumbre china de usar la seda para embalsamar a los difuntos importantes y adaptó su uso para envolver los cuerpos y las reliquias de los santos. Así se fue imponiendo un uso y una dependencia absurdos marcados en parte por el lujo y la moda. Ello hizo que, como en el caso de los productos antes mencionados, se fuese creando un itinerario que conectase de manera constante las áreas originarias de cultivo con las de consumo final y que, a través de toda China, Eurasia, los territorios de los imperios persa y bizantino, hasta llegar a las puertas de Europa, se constituyese lo que desde hace siglos se conoce como «la ruta de la seda».

De ella y de la historia de las sociedades humanas que habitaron a su alrededor es de lo que trata *La ruta de la seda. Dioses, guerreros y mercaderes* de la investigadora francesa Luce Boulnois. La obra, cuya primera edición es de los años 60, no sólo analiza las relaciones mantenidas entre las dinastías chinas y aquellos imperios situados al oeste de China (Persia, Bizancio, Europa) en los últimos dos mil años. Es, ante todo, un extraordinario compendio de datos y saberes sobre el inmenso territorio de la ruta así como

los estratos culturales que, a lo largo de dos milenios, se han ido depositando sobre él. Boulnois salta a través de épocas y lugares describiendo y explicando prácticas comerciales; discursos sobre aspectos esenciales o marginales de la cultura china; sobre la religión budista; en torno a productos de interés en determinados periodos históricos como el incienso, el almizcle o el coral; o el controvertido relato de Marco Polo; o las sucesivas fases de la navegación por el mar Rojo y el Índico a lo largo de diversos momentos pero de un modo especial con la revitalización de la ruta que se produce tras la aparición del Islam; etc. Todo ello haciendo uso de un lenguaje perfectamente accesible, rotundo por su erudición mas leve por su ausencia de notas sin que por eso pierda persuasión la voz de la narradora. Numerosos mapas iluminan, además, las más de 400 páginas repletas de interés para el amante de la historia, el comercio o la aventura.

El estudio, en definitiva, aborda, a la manera braudeliana (salvando las diferencias, puesto que aquel se centraba en un tramo cronológico mucho menor que el de Boulnois) el sucederse histórico en la región y concluye con una síntesis sumamente atractiva y sugerente sobre el auge y la decadencia de los espacios de civilización. Se trata de un verdadero fresco en el que no falta detalle de cuanto acontece en la ruta, incluido el sincero levantar acta de la consciente limitación del estudioso frente a lo que realmente fue, pues aquellos que viajaron y luego nos contaron buena parte de cuanto hoy sabemos de aquellas épocas y civilizaciones, «tan sólo nos han contado una ínfima parte». Pero todos ellos, ya fueran mercaderes, diplomáticos, religiosos, guerreros, traductores..., que recorrieron la ruta por propia voluntad, y sin olvidar, como señala Boulnois, que «los más abundantes fueron los viajeros a su pesar», contribuyeron a hacer de la ruta de la seda un ecosistema histórico que ha perdurado hasta nuestros días y cuya entidad propia última se repasa, no exenta de cierta nostalgia, en los últimos capítulos.

Fernando Benito Martín



Un siglo de historia femenina

Josefina CUESTA BUSTILLO (dir.): *Historia de las mujeres en España. Siglo XX*. 4 vols. Madrid, Instituto de la Mujer, 2003.

Las mujeres no tenían historia, no habían sido objeto de estudio por la historiografía hasta bien entrado el siglo XX. Será Michelle Perrot con la pregunta *¿Es posible una historia de las mujeres?*, la que de el primer paso hacia lo que sería la investigación de la historia de las mujeres. Si en Francia esto ocurría en el último tercio del siglo XX, en España el retraso es aún mayor. La obra a reseñar fue publicada en 2003 y es la primera que aglutina el estu-

dio de la «otra mitad» de la población española, sin perder de vista el total, es decir, siguiendo una metodología de género desde una perspectiva interdisciplinar. Desde sus primeras páginas, se hará un recorrido historiográfico, no sólo a nivel nacional, sino también internacional, donde se dará buena cuenta de todas las conquistas conseguidas por el género femenino en el siglo XX que, si bien no se podría considerar el siglo de las mujeres, sí ha servido de marco para la «revolución silenciosa», según nos decía, a finales del siglo XIX, Adolfo Posadas. El camino iniciado con esta obra —dividida en cinco partes, recogidas en cuatro tomos—, del conocimiento de la historia de las españolas en el pasado siglo, sigue abierto a fin de que las mujeres sean consideradas como un sujeto histórico de forma plena y no de manera parcial. Como la directora de la obra apunta, *constituye un hilo conductor de todo el trabajo la modulación de los temas «igualdad/desigualdad»*. Efectivamente, resulta evidente, a lo largo de todo el estudio, que una de las asignaturas pendientes sería la tan deseada igualdad entre hombre y mujeres, cuyo incumplimiento es patente en variables como el trabajo, los salarios, el poder económico, el poder político, la conciliación entre vida familiar y laboral... Esto nos lleva a pensar que los estereotipos labrados, desde una perspectiva masculina y patriarcal, siguen asentados en nuestra sociedad, si bien, cambiando lentamente, sin pausa. Las desigualdades más evidentes y trágicas las encontramos en el cuarto tomo de la obra —monotemas interdisciplinares—, donde se tratan algunas cuestiones tan de actualidad, desgraciadamente, como son la violencia contra las mujeres (tan presente en la sociedad en el siglo pasado como en el presente), o la pobreza, llegándose a hablar de una feminización de ésta. También tendrán cabida nuevas expectativas abiertas para las mujeres, como son las nuevas tecnologías y la repercusión que en ellas están teniendo.

No sólo este binomio de *igualdad/desigualdad* estará presente en la obra, sino que otros conceptos serán también protagonistas: *género y autoritarismo, masculino y femenino, género y guerra*, etc. Vistas las partes segunda, tercera y cuarta, propiamente históricas, la evolución de la situación de las mujeres a lo largo del siglo XX queda manifiesta. La Restauración será el periodo donde, tímidamente, éstas comienzan a tener conciencia de sí mismas, empezando a formar una identidad propia. Será con la primera democracia española, esto es, en la Segunda República, cuando un marco legal, desconocido hasta entonces, las legitimará, como ciudadanas de pleno derecho e iguales a sus congéneres masculinos, en la Constitución de 1931. *La mujer moderna* reemplazará al binomio imperante hasta entonces esposa-madre. La etapa del franquismo enmarcará a las españolas, de nuevo, en su papel de *ángel del hogar*, perdiendo los derechos adquiridos en la etapa anterior. No volverán a conseguirlos e incrementarlos hasta la democracia, después de casi cuarenta años relegadas a la invisibilidad y acalladas por un régimen que hizo del miedo su principal aliado. Por ello, serán estos últimos años del siglo XX cuando las mujeres alcancen sus metas más altas en lo que a derechos e a igualdad se refieren, aunque aun sin llegar a la paridad tan deseada.

Visto los balances históricos e historiográficos recogidos en la obra, podemos concluir que si mucho se ha recorrido en estos campos, no menos queda por recorrer. Muchos son los vacíos por llenar, como serían el tema de *las mujeres y la maternidad*, de *las mujeres rurales*, de *las mujeres en puestos directivos*, etc. Si bien, es claro que el camino está abierto a futuras investigaciones, con una base sólida que es esta obra como guía a seguir y a completar.

Rosa M.^a Merino Hernández



Biografía de un siglo

William BOYD: *Las aventuras de un hombre cualquiera: los diarios íntimos de Logan Mountstuart*. Traducción de Beatriz García Ríos. Madrid, Alfaguara, 2004, 597 pp.

Cada obra del escritor británico William Boyd representa una sorpresa, de tal manera que el lector asiduo a su escritura, aunque pueda verificar ciertas constantes en sus escritos o ciertas pautas soterradas, nunca puede prever el tipo de registro con el que reaparecerá el creador en su próxima obra. Se puede hablar de escritores de una única obra, en la que toda su producción no son más que variaciones de un mismo tema, y de autores para quienes la indagación, la experimentación y la novedad constituyen el norte de sus iniciativas. En este último grupo hemos de situar a Boyd, quien en cada una de sus novelas utiliza procedimientos y temáticas de registro tan variado como sorprendente. Aunque no es autor de masas sí cuenta con un grupo de lectores incondicionales que saludan cada nueva obra con alborozo, sabedores de que van a gozar de entretenimiento y sabiduría a partes iguales.

El recorrido editorial en nuestro país de Boyd es largo y desde sus primeras obras publicadas en la antigua Alfaguara, aquella de portadas azul cobalto que resaltaba por su sobriedad en los anaqueles de cualquier librería, hasta las actuales editadas por la misma casa, en un caso de extraña fidelidad editorial, han pasado ya 20 años, aunque su andadura como escritor sea más remota pues publica su primera novela, *A Good Man in Africa*, en 1981 (*Un buen hombre en África*, Alfaguara, 1987) siendo merecedora del Withbread Award for a first novel en ese mismo año, y del Maugham Award en 1982. A esta le siguieron *An Ice Cream War (Como nieve al sol)*, Alfaguara, 1988), merecedora igualmente del John Llewellyn-Rhys Price y la inolvidable *Stars and Bars (Barras y estrellas)*, Alfaguara, 1987), primera de sus novelas no ambientada en África, en la que el registro dramático y, en cierto modo, existencialista de las anteriores se trastoca en una disparatada trama de tintes surrealistas emparentada tanto con el O'toole de la *Conjura de los necios* como con el Scorsese de *After Hours* (ridículamente versionada en castellano con el despilante título de *Jo, qué noche*), *Las Nuevas Confesiones* (Alfaguara, 1989), *Playa de Brazzaville* (Alfaguara, 1991), *La tarde azul* (Alfaguara, 1996), y cinco años después *Armadillo* (Alfaguara, 2001).

En las aventuras de un hombre cualquiera Boyd recupera el registro que ya había ensayado en *Las nuevas Confesiones*, aunque en este caso reforzando el pacto autobiográfico en su sentido más literal mediante una acertada combinación de ficción y realidad que suscitando el equívoco presta verosimilitud y coherencia a las peri-

pecias y andanzas de su protagonista, Logan Mountstuart. Lo que recibimos en esta nueva entrega de Boyd son los escritos de un virtuoso del diarismo que con una contumacia ajena a cualquier desfallecimiento recorre todo el siglo XX con su mirada inquisitiva. Lo singular del personaje es que no se trata de un hombre cualquiera, como podría sugerir el título de la obra, sino de alguien que, por azar, y también por necesidad, se encuentra en el centro de la vida cultural europea, primero, americana después, durante buena parte del siglo. Escritor, crítico literario, marchante de arte (curiosa coincidencia con el protagonista de Barras y Estrellas), espía durante la Segunda Guerra Mundial, corresponsal en la Guerra Civil española, profesor y, sobre todo, recalcitrante y perspicaz observador de cuanto le rodea, Logan Mountstuart conoce a Joyce, Virginia Woolf, Hemingway, Andy Warhol, Pollock y un largo etcétera de artistas y escritores con los que mantiene una relación distante más próxima a la ironía que a la canonización. Su mirada de los acontecimientos discurre entre la crítica despiadada y la comprensión intimista de las miserias ajenas de las que se considera partícipe. Toda la obra está recorrida por un singular tono épico, el relato de una progresión en el tiempo en busca de la excelencia, evocadora en el tono de la magistral *El espía de su majestad* de David Shahar (Galaxia Gutenberg, 2001), una excelencia que el protagonista cifra en la escritura, a la que se entrega sin reservas a lo largo de su vida.

La obra está dividida en 9 capítulos, que siguen la secuencia de los diarios (El diario del colegio, el diario de Oxford, el primer diario de Londres, el diario de la Segunda Guerra Mundial, el diario de posguerra, el diario de Nueva York, el diario africano, el segundo diario de Londres, el diario francés) más un preámbulo y un epílogo. Cada diario da fe de un periodo de su vida que, como decíamos transcurre entre lo épico, como por ejemplo su paso por la Guerra Civil Española y su curiosa toma de contacto con elementos de las fuerzas leales a la República, que le confían un rico legado de telas de Miró, gracias a las cuales, y a través de una rocambolesca historia, consigue garantizar su supervivencia durante varios años, y lo atrabiliario, un ejemplo de lo cual constituye su ingreso en una célula de apoyo al grupo terrorista alemán Bader Meinhof, por necesidades puramente alimenticias, con una edad más propia de un asilo que de un activista en la vanguardia del movimiento obrero. Y como éstas un sinfín de situaciones que, aunque en ocasiones rocen la parodia no le restan verosimilitud, antes al contrario, a una trama en todo momento apasionante. Como un río que en turbulenta jangada arrastra infinidad de materiales de aluvión van enhebrando el recorrido una profusión de temas que, incipientes, van cobrando consistencia con los respaldos del artífice. Uno de ellos, como botón de muestra de esas melodías subyacentes en toda la novela, es el de la legitimidad de la obra artística, en toda su extensión, o, para ser más precisos, la exposición de las instancias que confieren legitimidad y las circunstancias en las que éstas están justificadas en la intervenciones del creador. En el terreno literario se exponen las antinomias representadas por el propio Logan, representativo de la opción más purista del arte por el arte, la renuncia a la deriva comercial y la búsqueda, como comentábamos anteriormente de la excelencia, y su amigo Peter, autor de novelas comerciales, *bestsellers avant la letre*, que de manera fortuita primero, por voluntad propia después se dedica con denuedo a la explotación de aquello de lo que huye Logan, en torno a estas escenas secundarias se articula toda una reflexión sobre la conformación del hecho artístico que se extrapola a la pintura en las figuras de Hockney, Pollock o Warhol.

La aventura de un hombre cualquiera no es sólo un recorrido, brillante y cautivador, de casi 100 años de historia. Es también la biografía de una amistad, la mantenida por Logan con Peter y Ben, amigos desde la adolescencia, a lo largo de todo este tiempo. En cierto modo, el cañamazo de todos los diarios, el esqueleto argumental y la argamasa de los mismos son las veleidades, los avances y retrocesos de una amistad que, con los altibajos propios de la distancia y el contexto, se mantiene firme durante toda la vida de sus protagonistas. Logan representa un curioso caso de supervivencia biológica e intelectual, una suerte de faro a cuyo través pasan los acontecimientos por un tamiz que los humaniza y aproxima a la comprensión de sus interlocutores ficticios, a los que dirige sus diarios, interlocutores que como el Stendhal de referencia, cifra en siglos venideros.

El artificio autobiográfico, o más bien el artilugio, se completa con un índice onomástico, que, como si de una autobiografía real se tratara, completa la novela, de una exhaustividad de la que dan cuenta sus aproximadamente 1.000 entradas. Igualmente aparece una relación de las obras de Logan Mountstuart, a saber: *The Minds Imagining; The Girl Factory, The Cosmopolitan, The Villa by the Lake; Any Human Heart: the Intimate Journals of Logan Mountstuart; This is not an Exit: Essays on art and literature* (en preparación). ¿Realidad o ficción? Júzguelo el lector. De cualquier modo de la verosimilitud a la realidad no hay más que un paso, y si no fue una existencia real, sí fue una vida vivida, valga la redundancia.

José Antonio Cordón



Los mapas en la Europa moderna

David BUISSERET: *La revolución cartográfica en Europa, 1400-1800. La representación de los nuevos mundos en la Europa del Renacimiento*. Barcelona, Paidós Ibérica, 2004, 256 pp.

Peter Sloterdijk, que ha dedicado parte del segundo volumen de su trilogía *Esferas* a establecer una correlación entre el concepto de globalización y la historia del mundo, manifiesta que la apertura al exterior de las sociedades europeas de comienzos de la Edad Moderna concedió al mapa un rango prioritarios entre los elementos materiales de la nueva mentalidad, al ser «el que les dice dónde se encuentran» y hacer desaparecer «las dimensiones reales». Así «para el globo terrestre [...], comienza una historia de éxitos que se alarga durante un periodo de tiempo de más de quinientos años». De esta generalización de los mapas, ayudada decisivamente por la aparición de la imprenta, habla la obra de David Buisseret *La revolución cartográfica en Europa. 1400-1800*.

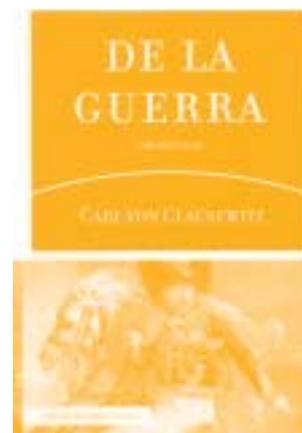
El logro europeo del Renacimiento no sólo fue técnico y científico, sino espacial y territorial, tanto por descubrir y conquistar territorios apenas imaginados antes de 1492, como por estructurarlos conscientemente y dar lugar, mediante la documentación cartográfica, a un nuevo orden mundial.

Si la sociedad estadounidense fue una «sociedad de frontera», como defendió a fines del s. XIX Jackson Turner en su célebre *The Significance of the Frontier in American History*, es evidente que tal apelativo cabe otorgárselo en mayor medida a los Estados que, entre los siglos XV y XX (Portugal, España, Francia, Inglaterra y Holanda, principalmente) fueron constante y sucesivamente ampliando la frontera, no sólo de la civilización europea sino del mundo conocido y desarrollado. Esto es, en cierta medida, lo narrado, desde una perspectiva cartográfica y centrada en algunos detalles concretos, la obra de Buisseret. Sin suponer, propiamente, una historia de la Cartografía, se acerca a determinados aspectos de la evolución y el desarrollo de esa técnica en relación con la propia historia de la sociedad europea de época moderna. A favor de la obra juega (junto a la buena edición de Paidós, con un formato acorde con su temática sin conllevar un alejamiento de los parámetros de manejabilidad necesarios para su difusión comercial) el conocimiento que el autor atesora del desarrollo de la Cartografía en el periodo analizado, así como lo interdisciplinar de los estudios aquí reunidos, que hace que estemos ante una obra no sólo de carácter histórico sino marcada también por novedosas aportaciones sociológicas y relativas a la historia del arte.

La obra analiza diferentes aspectos cruciales en el desarrollo moderno de la Cartografía, como son el sustrato clásico a partir del cual evoluciona dicha técnica desde el Renacimiento; la importancia que cobra para los Estados la representación espacial de los territorios (propios, conocidos, ajenos o ignotos) y el mecenazgo de la elaboración de este tipo de documentos; la relación con el arte militar, y el carácter y valor administrativo y catastral que los mapas comienzan a ejercer, así como la importancia que adquirirán los planos como testimonio del desarrollo de los burgos europeos de la época. Con el valor general de la obra, que se incrementa con numerosas ilustraciones a color y blanco y negro, y abundantes notas y referencias bibliográficas incluidas al final, merece destacarse el capítulo dos, junto con el sexto probablemente los más atractivos, por su puesta en relación de la cartografía de los ss. XV y XVI con los artistas e impresores de la época.

Sin embargo, el avance de la cartografía contribuyó, además, a la estructuración de una conciencia global del planeta que no ha superado aún el pensamiento eurocentrista con y del que surgió. A pesar de que el título del libro alude al espacio y civilización europeos, ha de señalarse la omisión de alguna referencia (hecho quizás debido al carácter recopilatorio de la obra), siquiera brevemente, a la producción cartográfica islámica y la contribución de sus viajeros y cartógrafos al desarrollo de la materia, sobre todo teniendo en cuenta que se analizan también los precedentes clásicos griegos y romanos. Como manifestó a fines del pasado siglo Immanuel Wallerstein, «hemos de reconocer que Europa hizo algo especial entre los siglos XVI y XVIII que transformó el mundo, pero en una dirección cuyas consecuencias negativas estamos sufriendo ahora». Asumir los hechos y sus consecuencias de nuestra historia debe ser parte de la evolución hacia una sociedad multicultural y tolerante con el resto del planeta.

Fernando Benito Martín



La guerra antes del siglo XXI

Carl VON CLAUSEWITZ: *De la guerra*. Traducción del alemán Carlos Fortea. Madrid, La esfera de los libros, 2005, 740 pp.

Por desgracia, no es necesario justificar la aparición editorial de la obra de Carl Von Clausewitz en los inicios del siglo XXI. Pero sí es de agradecer, no obstante y pese a ello, esta nueva edición que, a diferencia de otras anteriores, constituye una traducción íntegra del original alemán. Quien aún se pregunte por la vigencia de una obra como ésta o se sorprenda por la tradición que en el continente europeo han tenido desde hace siglos tratados similares debería tener en cuenta las palabras de Geoffrey Parker cuando manifiesta que «pocos europeos anteriores al siglo XVIII parecen haber cuestionado la legitimidad de la guerra». No sólo eso, sino que, como escribió hace 15 años el historiador Santos Juliá, «el proceso de formación de Europa no es comprensible sin tener en cuenta la secular resolución de conflictos de poder por medio de las armas».

Asumida esta premisa, de la significación, para su época y la posterioridad (siglo pasado incluido) de la obra de Clausewitz nos habla el prólogo del historiador Gabriel Cardona, que analiza los aciertos y errores de su concepción de la contienda bélica. Escrita entre 1816 y 1831, año de su muerte, *De la guerra* es, sobre todo, un clásico en gran parte debido a la notable formación de su autor, su conocimiento práctico o profesional del tema, y al tan característico espíritu prusiano decimonónico, de cuya sistematización dan buena cuenta la estructura y presentación de la obra, y cada uno de sus respectivos libros y capítulos, así como lo que acerca de su elaboración y redacción nos dice su viuda en el prólogo a la 1.ª edición de la obra, en 1832.

En cuanto a la vigencia actual del libro, juzgue el lector por las palabras de Clausewitz sobre el hecho de que «la guerra no es sólo un acto político, sino un verdadero instrumento político», pues «la intención política es el fin, la guerra el medio». Con esta crudeza el autor disecciona cada uno de los aspectos relacionados con los conflictos bélicos. *De la guerra* es una obra heterogénea en la que se alternan páginas altamente técnicas con otras verdaderamente de interés para profanos, al menos indirectamente, de la milicia como lo pueden ser los geógrafos o historiadores. Dicho interés se aprecia con la lectura de los capítulos iniciales, más sociológicos, y de aquellos relativos a la defensa de los ríos, las montañas, o lo que Clausewitz denomina la «llave de un país» («región sin cuya posesión no se puede osar penetrar en territorio enemigo») en el libro sexto, sobre la «defensa» (siendo, claramente, de lamentar el que

del séptimo, sobre el «ataque», sólo diera tiempo al autor a dejar unos bosquejos).

En cualquier caso, la obra está salpicada de numerosos ejemplos tomados de las batallas acontecidas en la desgarrada Europa que el autor conoció y recorrió en las cruciales primeras décadas del XIX, y que él contrasta a menudo con lo que conoció a través de la bibliografía. Esas batallas están reseñadas, en su mayor parte, en uno de los útiles apéndices que figuran al final del libro (histórico y cronológico, de batallas, y cartográfico, además de un significativo índice onomástico que permite al lector establecer un árbol de las influencias intelectuales y políticas del autor), lo cual incrementa su valor.

Es evidente que nuestro mundo ya no es el que ayudara a construir el militar prusiano y tampoco hoy las guerras se asemejan a las que él conoció. Sin embargo, *De la guerra* continúa siendo referencia para analistas del siglo XXI que, como Mary Kaldor, por ejemplo, necesitan aún de la obra de Clausewitz, para saber hasta dónde y cómo han variado las circunstancias de la guerra tradicional en un tiempo donde, primero, las guerras son ya contra los civiles y no entre Estados, y, en segundo lugar, desde Nuremberg, los responsables de las guerras pueden ser personas concretas.

Fernando Benito Martín



La mujer y el filósofo

René DESCARTES: *Correspondencia con Isabel de Bohemia y otras cartas*. Traducción del francés María Teresa Gallego Urrutia. Barcelona, Alba, 1999, 278 pp.

Poco a poco va desvelándose a base de trabajo de archivo y estudio sagaz el verdadero papel desempeñado por las mujeres en épocas pasadas. Ahora que los denominados «estudios de género» se multiplican por doquier y se concede importancia a hechos pasados en otras épocas, no está de más fijarnos en aquellas mujeres que, cuando verdaderamente resultaba contracorriente para ellas llevar un determinado estilo de vida o forma de pensar, no dudaron en reafirmar su personalidad quién sabe si conscientes de que un día su comportamiento sería el normal en todas las personas de su género.

Creo que por este motivo merece la pena reseñar la interesante recopilación de cartas que publicó, hace ya algunos años, la editorial Alba de las cartas entre Descartes y la princesa Isabel de Bohemia (también hay algunas del filósofo al embajador francés Chanut y a la reina Cristina de Suecia), en la que una joven de menos de 30 años, sólidamente formada, discute con el filósofo

sobre la filosofía y la vida, siendo para aquél uno de los principales acicates en la formación de algunas de sus obras. No en vano, la traducción francesa de la obra *Principios de filosofía*, inicialmente publicada en latín, fue dedicada a Isabel cuando se tradujo al francés, y en las cartas e inquietudes de la princesa se halla el origen del *Tratado de las pasiones del alma*, publicada en 1649.

Isabel de Bohemia nació en 1618 y fue hija del rey Federico V de Bohemia y sobrina de quien fuera también rey de Inglaterra, Carlos I. Hablaba media docena de idiomas europeos y poseía notables conocimientos de matemáticas y filosofía. A los 25 años ya había leído las obras de Descartes y deseaba conocerlo, cosa que ocurriría, por iniciativa de ella, en 1643, la primera de las contadas ocasiones en que se vieron. No es probable que hubiera entre ellos algo más que una relación intelectual, a pesar de la posible admiración mutua, y creo que con acierto Richard Watson, uno de los biógrafos de Descartes, ha hablado de que fue «un coloquio entre iguales». Él era un polémico pensador, con el doble de años que ella y en el centro de una época tormentosa en la que la religión empañaba y alentaba la evolución del pensamiento y halló en la joven princesa un interlocutor que estimulaba su pensamiento y le admiraba: «Cada vez que leo vuestras obras, no soy capaz de concebir que podáis arrepentiros de haberlas mandado imprimir, ya que es imposible que no se reconozcan al fin y sean de provecho para el público».

La correspondencia se inició con una carta de Isabel el 16 de mayo de 1643 en la que ésta le pregunta sobre el alma, y concluye el 4 de diciembre de 1649 con otra de la princesa a un Descartes que, desde Suecia, escribe sus últimas palabras, pues moriría semanas después. El citado Richard Watson, ha dicho que esta correspondencia epistolar era «similar a la de una paciente que discutiera sus problemas femeninos con un médico», y sin duda algo hay de eso pero no sólo fue la salud física la que ayudó a curar el filósofo. De hecho, en la primera de las cartas, ella declara que «sé que sois el mejor médico para la endeble salud de mis especulaciones».

Pero lo que sobre todo halla Isabel en Descartes es un interlocutor con el que poder escapar de las servidumbres que su cargo, aun en el exilio en Holanda donde se halla su familia, tiene. De este modo, escribe en junio de 1645, «vuestras cartas, amén de instruirme, me sirven siempre de antídoto contra la melancolía y me apartan la mente de los objetos poco gratos que se me presentan a diario, obligándome a fijar la atención en la dicha de contar con la amistad de persona de vuestros méritos, en cuyos consejos puedo fiar para dirigir mi vida», y en octubre del mismo año reconoce que «me habéis instruido en los medios para vivir de forma más dichosa que antes». Sin duda alguna, es éste otro motivo por el que debe valorarse aún más el esfuerzo intelectual de esta mujer excepcional.

Por otro lado, Isabel se queja ante él, en no pocas ocasiones, de su condición femenina; así, dice en cierta ocasión: «sabed, pues, que tengo el cuerpo imbuido de gran parte de las flaquezas de mi sexo», o «la maldición de mi sexo me priva de la satisfacción de viajar a Egmond para instruirme». También desearía tener más tiempo para dedicarlo a los placeres intelectuales, a los libros que Descartes le recomienda (*De vita beata*, de Séneca, y otros), e incluso a la propia redacción de las cartas: «tantas veces me han interrumpido mientras escribía esta misiva», llega a escribir molesta.

Para concluir, y es uno de los mayores méritos de este epistolario tan singular, hay además en estas cartas mucho del latir

cotidiano y cultural de la época en que se escribieron. Junto a lo que ya se ha señalado, por ellas vemos enseñorearse a la enfermedad, las obligaciones de la corte y la dificultad para hacerse con obras de lectura, la omnipresencia del elemento religioso en la vida y el pensamiento de un siglo XVII que, inevitablemente ya, gracias en parte a Descartes y a Isabel, galopaba hacia una nueva era cultural y política en la que personajes como la propia Isabel serían cada vez, afortunadamente para las mujeres, cada vez menos excepcionales.

Asunción Escribano



La pérdida del dolor

Félix DUQUE: *Terror tras la postmodernidad*. Madrid, Abada, 2004.

El Félix Duque de sus últimos libros, y especialmente el de los dos de Abada, *Contra el humanismo* (2003) y el que ahora nos ocupa, es distinto de los Félix Duque anteriores. No se trata de los temas, por supuesto, sino del tono, del modo de afirmar. Parece como si todo lo hecho antes le permitiese decir las cosas más taxativamente, como si su pensamiento y su discurso fuesen más rápidos, más fluidos, sin perder un ápice de su habitual profundidad. Quizá nos lo parezca a los que venimos leyendo los libros de Duque desde hace tiempo, pero el caso es que sus últimos escritos son (todavía) más políticamente incorrectos. Seguramente sea eso lo que los haga tan apasionantes, en especial si se tiene en cuenta que a esa característica ha de sumársele algo mucho más importante: su necesidad. Tanto *Contra el humanismo* como *Terror tras la postmodernidad* —que, en mi opinión, han de leerse unidos— son libros necesarios, valientes, y no sólo por lo que dicen, sino también, sobre todo, por el momento en que lo hacen.

El terror del que habla Duque, siempre en el plano artístico, aparece definido «como el sentimiento angustioso surgido de la combinación, inesperada y súbita, de lo sublime y lo siniestro» (15). Actuando a modo de cortocircuito, el terror impide toda domesticación, remite a lo inhóspito, a lo inhumano y ajeno. Se trata, por tanto, de un sentimiento que muestra lo más íntimo, lo más propio del individuo al situarlo frente a un otro *completamente* otro. Tal carácter es, precisamente, el que impide la conversión del terror en una simple representación horrorosa del dolor.

En efecto, el terror tiene como principal adversario al horror, un sucedáneo típicamente postmoderno dominado por las repetitivas alusiones a lo abyecto en forma de vómitos, excrementos y todo tipo de sanguinolencias. Banalización del tema que, sin

embargo, no tiene su mayor peligro en una pretenciosa y, en el fondo, falsa, presentación de lo real. El problema se encuentra en que tal cúmulo de *horrores* en el arte y la cultura «obtura la representación del terror» (36). Y ésta es la clave en la investigación de Duque, clave que se articula en múltiples interrogantes: ¿cómo remontar el horror?, ¿cómo evitar la inhibición, la anestesia del dolor?, ¿cómo impedir la falsa inocencia, cómo el enmudecimiento artístico ante el terror?

Ante estas cuestiones, el libro de Duque se transforma. Desde lo que parecía una lúcida crítica a algunos ejemplos de horror postmoderno (Robert Gober, Niki de Saint-Phalle, Cindy Sherman) en comparación con expresiones genuinas del terror (Gerhard Richter, Marina Abramovich), o una desenmascaradora lectura de propuestas supuestamente revolucionarias (Debord, Hakim Bey), se accede a un ámbito que supera el artístico. Que el arte haya «enmudecido ante el terror» (101), el terror de los atentados del 11-S o del 11-M, no sólo minimiza la fecundidad estética del horror postmoderno. Casi podría afirmarse que eso es lo de menos, pues la conversión artística del terror en facilona, ingenua representación del horror, es índice de algo mucho más serio: la anestesia global, la inhibición total del dolor y la reflexión sobre él, la aparición constante de modelos analgésicos.

«Actualmente es difícil sentir físicamente el dolor: siempre hay a mano analgésicos o anestesia. Bien está. Pero inhibir el dolor es inhibir la memoria de la colectividad humana, algo así como pretender evitar el envejecimiento mediante una languidez programada de la existencia» (82), afirma Duque. Y es esa cultura del desenfado, de la inhibición y la pantalla, la que recae en el peligroso sentimentalismo contemporáneo. Táctica de inocencia, «ética de los falsos consuelos» (106) que nos tranquiliza a todos mediante múltiples estrategias humanitarias y que tienen siempre la misma intención: negar al otro como otro y convertirlo en imagen, *nuestra* imagen. Es el momento en el que «el dolor del otro se ha hecho incomprendible» (104), precisamente porque de eso se trata, de evitar por todos los medios que se comprenda.

Las páginas finales del libro de Duque, en general el último capítulo («Buscando un modo de convivir en Nueva Babel»), se convierten así en un desmenuzamiento doloroso de las sociedades y culturas contemporáneas, doloroso precisamente por mostrarnos, por lanzarnos a la cara los peligros de la transformación del terror en horror y la consiguiente política de la inhibición. Y esos peligros no son baladíes, pues lo que está en juego es la desaparición de una comunidad real al esconder la presencia de otros verdaderamente otros, distintos, diferentes.

Duque pone el dedo en la llaga una y otra vez al desnudar sin piedad las estrategias tranquilizadoras que nos rodean. Tal es la mayor aportación del texto: decir lo que habitualmente no nos atrevemos a reconocer, desenmascarar una a una esas «retóricas de la simulación» (106) que nos mantienen tan sosegados, y hacerlo, precisamente, aceptando que no es algo agradable. Por eso decía más arriba que *Terror tras la postmodernidad* es un libro políticamente incorrecto, pero también completamente necesario, sobre todo por su valentía.

Domingo Hernández Sánchez



Para conocer mejor Europa Oriental

Carlos FLORES JUBERÍAS (ed.): *Estudios sobre la Europa Oriental*. Valencia, Universitat de València, 2002, 680 pp.

Los vaivenes de la rápida y sinuosa transformación geopolítica del planeta están llevando a que buena parte de la bibliografía publicada en los últimos años sobre aspectos económicos y sociopolíticos quede pronto anticuada, en unos casos, o sea necesario tener presente, en otros. Este segundo es el caso de un libro académico, *Estudios sobre la Europa Oriental*, publicado por la Universidad de Valencia en 2002 y que recoge las contribuciones del II Encuentro español de estudios sobre la Europa Oriental, celebrado en Valencia el año 2000. La obra, editada en su conjunto por Carlos Flores Juberías, recoge casi 700 páginas de información sobre los procesos de transformación producidos en las sociedades de la Europa del Este en los 90. Un total de 37 autores pertenecientes a 16 universidades españolas (y a la Universidad de Oriente, de Santiago de Cuba) estudian todo tipo de aspectos políticos relacionados con dichas transformaciones ocurridas y con las previstas. Entre ellos hay historiadores, politólogos y juristas, junto a profesionales de la economía y las relaciones internacionales, y sus respectivos currículos se especifican al final del volumen.

La obra se estructura en siete partes cuyos contenidos pueden agruparse principalmente en tres grandes bloques temáticos: en primer lugar, el que agrupa los estudios sobre los procesos de transición y electorales, así como la construcción de las nuevas instituciones políticas; por otro lado estarían los difíciles problemas provocados por la cuestión nacionalista y las luchas entre etnias; y, en un tercer bloque, estarían los análisis en torno al reto que supone la integración en la UE, junto con los cambios socioeconómicos producidos en estas regiones. En su conjunto, las contribuciones ponen de manifiesto el interés existente en España por la situación política de estos países, al tiempo que inciden en la constatación del hecho de que nunca la bola de nieve de la Unión Europea había sido tan grande y compacta como lo está siendo actualmente. Países como Rusia o Polonia se hallan más analizados, desde un punto de vista cuantitativo de las contribuciones, pero la obra aporta una buena visión de conjunto del área que alterna los estudios de aspectos más concretos y específicos, fundamentalmente en los casos que atañen a los conflictos nacionalistas, con textos de carácter más general, como las interesantes aportaciones de Martín de la Guardia & Pérez Sánchez, sobre el europeísmo en Europa Oriental tras la II Guerra Mundial; el de Becerro, sobre las actitudes hacia la integración en la UE; o el de Viejo Viñas a propósito del siempre vigente problema de la relación entre Alemania y sus vecinos orientales, entre otros.

A finales del 2004 manifestaba Tymothy Garton Ash que una de las principales ventajas con que cuenta actualmente Europa es «el poder de atraer», y decía: «tenemos un poder único, el de ofrecer la pertenencia a nuestro club, el poder de inducción: si te comportas de determinada manera, te puedes unir a nosotros. Eso ha transformado Europa del Este en los últimos 10 años, está transformando los Balcanes y puede acabar transformando Turquía». Ese «poder de inducción» al que alude el analista británico se está llevando hasta sus últimas consecuencias y, probablemente, entre lo más positivo de este proceso se halle el hecho, demostrado con este libro, de que los europeos empecemos a conocernos mejor entre nosotros.

Fernando Benito Martín



El lenguaje de la filosofía

Martin HEIDEGGER: *¿Qué es la filosofía?* Prólogo, traducción y notas aclaratorias de Jesús Adrián Escudero. Barcelona, Herder, 2004, 78 pp.

Es una buena muestra de la perenne vigencia del pensamiento heideggeriano, la cantidad de reediciones y traducciones nuevas que de su obra se están realizando en nuestro país en los últimos años. De las traducciones, precisamente, constituye un ejemplo este opúsculo: *¿Qué es la filosofía?*, originalmente una conferencia pronunciada en Francia en 1955, del que celebramos esta nueva versión anotada de la editorial Herder y que ha corrido a cargo de Jesús Adrián Escudero.

Sin despegarse del sustrato filológico de la lengua griega (pues la filosofía, y tras ella la ciencia «es griega en su esencia»), el pensador alemán se adentra en la pregunta sobre el qué es lo que llamamos filosofía. Inicia así Heidegger un camino que, partiendo de Heráclito, filósofos, amante de lo *sofón* (esto es, la totalidad del ente) y precursor de algo que aún no existía como tal, pasa por los sofistas, que se preguntan *ti to on* (qué es el ente) y llega a Aristóteles, para quien será *epístème teoretiqué*, en el sentido de que «la filosofía es un tipo de competencia particular que permite aprehender el ente con la mirada, poniendo a la vista *lo que éste es* en tanto que ente».

Pero más allá de la definición, Heidegger nos indica que la respuesta a la pregunta de qué es la filosofía radica en el diálogo (como una forma concreta del hablar), y sobre todo aquel diálogo en co-rrespondencia «con aquello que ha interpelado a los filósofos» y que se fundamenta en el asombro como elemento

primordial de un estado de ánimo necesario para proceder a dicha co-rrespondencia con el ser del ente.

Respuestas escalonadas, en definitiva, y que se completan unas a otras, a partir de las cuales se desliza el autor para acabar llegando al elemento del que partió, por otro lado, vertebrador de buena parte de la filosofía del siglo XX, o sea, el lenguaje como clave para entender qué «es filosofía como un modo privilegiado del decir» y que nunca llegará a entenderse «sin una reflexión adecuada sobre el lenguaje». De la importancia de formular periódicamente esta pregunta puede depender mucho pues en ella, nos dirá Heidegger, «está en juego nuestro destino colectivo. Más aún: no es “una” pregunta es la pregunta histórica de nuestra existencia europea occidental». Desde Grecia a nuestros días Europa ha dejado constancia de la importancia de este diálogo.

Estamos, pues, ante una obra fácil y rápida de leer por su brevedad, claridad y concisión. Pero al mismo tiempo, la esmerada presentación tipográfica con la que, por otra parte, Herder ha sacado el mejor partido a un texto de pocas páginas en el que el autor va recapitulando a cada paso convirtiendo el discurso filosófico en una obra de lectura, la obra merece recomendarse pues ¿*Qué es la filosofía?* no es un texto sólo didáctico y comprensible, sino apto para la enseñanza y el comentario sobre la propia disciplina.

Asunción Escribano



El compromiso humano del poeta

Pablo NERUDA: *Yo respondo con mi obra. Conferencias, discursos, cartas, declaraciones (1932-1959)*. Edición de Pedro Gutiérrez Revuelta y Manuel J. Gutiérrez. Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2004, 388 pp.

Publicada por Ediciones Universidad de Salamanca y con Pedro Gutiérrez Revuelta y Manuel J. Gutiérrez al cuidado de la edición literaria, se ha publicado hace unos meses *Yo respondo con mi obra. Conferencias, discursos, cartas, declaraciones (1932-1959)*, libro que parte de la búsqueda, a través de archivos y hemerotecas, de todos aquellos textos de Pablo Neruda que aún se hallan inéditos, constituyendo en este sentido, en palabras de sus propios editores «un complemento a la recopilación hecha en las Obras completas».

Es una lástima, sin embargo, que, de entre todas las publicaciones que han visto la luz en el año del centenario del nacimiento del poeta chileno, haya pasado desapercibida una de las pocas que han dado a conocer textos inéditos del autor. Otra vez cierta, por desgracia, el axioma que escribiese hace años Haro

Tecglen refiriéndose a la edición institucional: «no son libros innecesarios, sino todo lo contrario; pero terminan siendo inútiles». A pesar de todo, el libro cumple con lo que viene siendo la buena factura de las obras que edita la universidad salmantina.

Así, *Yo respondo con mi obra. Conferencias, discursos, cartas, declaraciones (1932-1959)* es, precisamente, todo lo que su título y subtítulo indican, y su presentación hace honor a la talla del poeta y del hombre que fue Neruda. No en vano, probablemente se trate de uno de los escritores del siglo XX que han salido mejor parados de la emboscada a que la Historia ha sometido en el siglo pasado a novelistas, poetas, ensayistas, dramaturgos o periodistas. Unos se han crecido y otros, digan lo que digan quienes se aferran a sus valores estéticos o literarios, han quedado por los suelos. Con demasiada frecuencia uno solo de nuestros actos nos redime de toda una vida errada o nos arroja para siempre al vacío del olvido y el reproche.

En ese sentido, la relevancia de los textos de este libro se encuentra, además de en el carácter inédito ya señalado, en que recalca la relación de Neruda con países como España, en concreto su implicación con los republicanos españoles en los años 30 y aun después, o con la Europa del Este, a la que viaja con frecuencia a lo largo de los 50, en plena Guerra Fría. Precisamente una de las virtudes del Neruda comprometido es la de saltarse las fronteras y extrapolar las luchas y sufrimientos del socialismo de unos países a otros.

A su vuelta del exilio en 1952 dirá en su Chile natal: «Es ancho el mar, es ancha la tierra; pero la he recorrido dos veces. [...] Está lejos Polonia, pero mis palabras la traerán en rápidos momentos con Uds., porque allí hay gente como nosotros, hay hombres como nosotros; pero el pueblo gobierna y ese Estado es cada vez más floreciente y es más brillante la vida y más llena de esperanzas». Fue así como, de forma paralela a su creación literaria, Neruda hizo del socialismo en el que creía su bandera y de la palabra y la literatura sus armas. Es más, como se señala en la introducción de *Yo respondo con mi obra*, es muy probable que la peripecia biográfica nerudiana a partir de 1949 hubiera incidido en gran medida sobre el *Canto general*, en aspectos tan cruciales como el de acentuar la crítica al imperialismo estadounidense.

Antes que Neruda, autores como Steinbeck, Orwell, Koestler..., también habían hecho frente con su palabra a lo que consideraban peligroso para el hombre de su tiempo, ya fuese el capitalismo o el comunismo. Otros han venido después, a través de un inagotable venero de honestidad creadora. Por su compromiso intelectual con los que sufrían las injusticias de los poderosos, su manera de ver un hermano en cada hombre («Uno va recomponiendo su familia por la tierra...») escribía en 1952 aludiendo al poeta turco Nazim Hikmet) y su permanente desplazamiento a lo largo y ancho del mundo, Pablo Neruda habría sido un miembro principal del Parlamento Internacional de los Escritores, creado hace 11 años, en 1994, por autores tan importantes como Rushdie, Soyinka, Derrida, Djebbar, Tabucchi, o Mahfuz.

Como hoy ellos alzan sus voces contra la injusticia, hace exactamente medio siglo que Neruda clamaba contra las pruebas nucleares, algunas realizadas en la Antártida, muy cerca de su querido país. Y en 1957, en apoyo a las protestas de científicos alemanes por dichas pruebas, manifestaba que «tenemos el deber de usar nuestra razón y nuestra fuerza en esta crisis de la humanidad.

En cada minuto crítico de la Historia fueron los escritores los que asumieron este deber». Pocos escritores han sabido estar a la altura de su época como él lo estuvo, con su palabra escrita y vivida.

Asunción Escribano

Las fuentes originales

Carlo SAVIANI: *El Oriente de Heidegger*. Traducción de Raquel Bouso García. Barcelona, Herder, 2004 (*L'Oriente di Heidegger, Il Nuovo Melangolo s.r.l., Génova, 1998*). ISBN: 84-254-2314-7, 173 pp.

La Editorial Herder de Barcelona presenta al lector de lengua hispana un interesante texto elaborado por el profesor italiano Carlo Saviani, de la Universidad «L'Orientale» de Nápoles, en el que se recogen y ordenan los materiales y testimonios más relevantes acerca de la intensa relación que el filósofo alemán Martin Heidegger (1889-1976) sostuvo crecientemente, durante décadas y hasta el final de su vida, con las tradiciones más sobresalientes del pensamiento oriental, principalmente el taoísmo y el budismo zen.

El libro de Saviani consta de dos capítulos, de los cuales el primero versa sobre la relación de Heidegger con el taoísmo y el segundo sobre su relación con el zen, a los que precede una larga introducción en la que se elabora el proceso de su acercamiento al mundo oriental, centrándose fundamentalmente en el problema de la nada y el vacío. Se cierra el libro con un listado de los principales escritos aparecidos hasta la fecha en el extendido debate sobre la 'orientalidad' (que no orientalismo) de Heidegger —de gran utilidad para el investigador— y con un apéndice que incluye la traducción —en primicia para el lector hispano— de algunos de los artículos más esclarecedores al respecto, en los que se relatan testimonios y experiencias de primera mano de figuras orientales que trataron directamente con Heidegger. Éstos artículos son: «El arte y el pensamiento» de Martin Heidegger y Hoseki Shin'ichi Hisamatsu, «Heidegger y nuestra traducción del Tao-te-ching» de Paul Shih-yi Hsiao, una «Carta» de Heidegger a éste último, «Una hora con Martin Heidegger» de Tomio Tezuka y «El pensamiento de Heidegger y la filosofía japonesa» de Koichi Tsujimura.

Saviani deja bien patente en su trabajo que existe una disparidad entre la parquedad del pensador alemán al confesar las fuentes orientales de su reflexión filosófica, por un lado, y, por otro, la riqueza de los testimonios disponibles que avalan la idea de que uno de los hilos vertebradores de su segunda filosofía se desplegó en un constante diálogo con el pensamiento oriental. Es un hecho, bien documentado cronológicamente por Saviani, que desde los años setenta hasta nuestros días ha ido surgiendo un serio e intenso debate crítico sobre dicha relación, debate en el que comienza a quedar cada vez más claro que el interés de Heidegger por las tradiciones orientales fue mucho más profundo y prolongado de lo que hasta ahora se había creído, acaso constituyendo tales tradiciones el interlocutor más estimulante a la hora de definir su esfuerzo por superar el pensamiento ego-onto-teo-lógico de la metafísica occidental. Desde esa clave, el libro de Saviani rastrea y ordena los textos del segundo Heidegger en los que mejor se vislumbra la relación en cuestión, la mayoría de ellos relacionados con cuestiones de gran calado para la meditación heideggeriana

sobre el mundo técnico, el problema del lenguaje o la copertenencia de pensar y ser.

Es de notable interés la exposición que efectúa Saviani acerca de la noción de la Nada en Heidegger (*Nichts*) y en el taoísmo (*Wu*), con sus implicaciones para la *Seinsfrage*. No lo es menos su conexión con la noción budista de vacuidad (*Sunyata, Ku*), desarrollada en el budismo mahayana hasta cruzarse, en la escuela zen, con el taoísmo. La mirada del autor hacia las raíces del pensamiento oriental, en particular sobre la cuestión de la Nada, se completa con un acertado aterrizaje en las relaciones de Heidegger con algunos de los principales representantes contemporáneos de la intelectualidad japonesa, especialmente de la escuela de Kioto. De todo este discurso se colige que existe una marcada «afinidad entre el intento de Heidegger por de-substancializar y anonadar el Ser (y la Nada), según un pensar no re-presentativo, y la «práctica meditativa» de la insubstancialidad o... la «desencia» propia del taoísmo y del budismo zen» (p. 52). En ambos casos detecta el autor un mismo estilo de reflexión "me-ontológica", donde se distingue con precisión entre la nada nihilista (la nada nula o *nichtiges Nichts*) y la nada coperteneciente con el Ser (la nada anonadante o *nichtendes Nichts*).

En lo relativo al taoísmo, Saviani comenta detalladamente el interés de Heidegger por sus dos grandes clásicos: el *Zhuang-zi* (*Chuang-tzu*) y el *Dao-de-jing* (*Tao-te-ching*), además de su probable conocimiento del *I-jing* (*I-ching*). Heidegger conocía desde 1930 la versión alemana del *Zhuang-zi* editada por Martin Buber, empleando algunos de sus principales pasajes en diferentes ocasiones (el de «La alegría de los peces» en la reunión que mantuvo en 1930 con sus amigos tras la lectura de la conferencia *Vom Wesen der Wahrheit*, el de «El soporte de las campanas» en el seminario de Bremen de 1949 sobre *Wort und Bild* y el de «El árbol inútil» en una conferencia de 1962 en Comburg). Su profundo interés por el *Dao-de-jing* de Lao-zi, que conocía bien en alemán e italiano, se ve corroborado por su colaboración, a petición propia, con el profesor chino Paul Shih-yi Hsiao. En efecto, durante el verano de 1946 —el año de la publicación de *Brief über den Humanismus* y de *Aus der Erfahrung des Denkens*—, en plena crisis psicológica tras ser sometido al proceso de desnazificación, Heidegger se concentra en la traducción del chino al alemán de los capítulos laozianos más relevantes sobre la noción de Tao. Varios fragmentos de esa traducción fueron empleados por el filósofo alemán en diversos momentos de su correspondencia epistolar. Hsiao afirma que, de hecho, el esfuerzo de traducción del clásico chino ejerció "una influencia significativa en Heidegger". También es de notar, por otro lado, la conversación que Heidegger sostuvo en 1972 con el profesor Chung-yuan Chang, experto en taoísmo y zen, donde se abordaron las afinidades entre el pensamiento heideggeriano y el taoísta acerca del lenguaje poético y la cuestión de la nada, especialmente entre la vacuidad del Tao y el Claro (*Lichtung*) de Heidegger, además de las nociones de cosa y de cuaternidad.

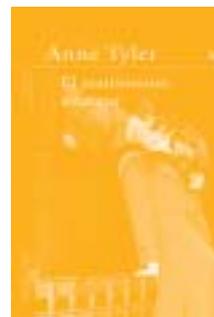
En lo relativo al budismo, principalmente el de la escuela zen, Saviani relata pormenorizadamente los diferentes encuentros de Heidegger —unos personales y otros epistolares— con importantes figuras contemporáneas de dicha tradición. Desde su primer alumno japonés en 1921, Hajime Tanabe en 1922 o Shuzo Kuki en 1927 —mencionados ambos últimos en *Aus einem Gespräch von der Sprache*—, pasando por Keiji Nishitani, D. T. Suzuki y Tomio Tezuka —el interlocutor real del *Gespräch*—, hasta Hoseki Shin'ichi

Hisamatsu, Kojima Takehiko y Tsujimura Koichi —alumnos éstos tres de Kitaro Nishida—, además del monje tailandés del hinayana Maha Mani, Saviani traza jugosos matices de la relación de Heidegger con pensadores de raíz budista, mayoritariamente japoneses. También deja claro que Heidegger conocía numerosas obras ignoradas por entonces por buena parte de los intelectuales de su época, entre los que destacan los escritos sobre mística oriental de Rudolf Otto y «El libro del té» de Okakura Kakuzo, entre otros. Y, finalmente, hace alusión a la insistencia (y complacencia) de Heidegger en la excelente recepción y apropiada comprensión que obtuvo en Oriente —sobre todo en Japón— su filosofía de la nada, en fuerte contraste con las lecturas nihilistas de que fue objeto en Occidente.

Heidegger fue un firme defensor del diálogo intelectual entre Oriente y Occidente. En 1949, como indica Saviani, durante el congreso internacional sobre «Heidegger y el pensamiento oriental» organizado por la Universidad de Hawai, éste señala en su carta a los participantes «la urgencia de un diálogo con los pensadores... del mundo oriental» y se lamenta de que «no hay un dominio de las lenguas orientales ni en Europa ni en los Estados Unidos».

Por encima del hecho de que Saviani exprese la relación de Heidegger con el pensamiento extremo-oriental con el término «confrontación» —cuando mejor sería calificarla de diálogo y encuentro— y de que existan temas cruciales no aludidos en su libro (como las conexiones del «acontecimiento propiciante» (*Ereignis*) de Heidegger con el *Tao* taoísta-zénico y el *Dharma* budista, las semejanzas de la «diferencia ontológica» (*Unterschied*) heideggeriana con la diferenciación entre *Tao* y cosas en el taoísmo o entre *Dharma* y *dharmas* en el mahayana, o la sintonía de la ética originaria de la serenidad (*Gelassenheit*) de Heidegger con las éticas taoísta del no-actuar y budista del no-yo y de la no-mente), la aportación de Saviani constituye una magnífica contribución al conocimiento de la afinidad o convergencia de fondo entre el pensar meditativo del segundo Heidegger y pensamiento asiático. El ejemplo de Heidegger, además, puede servirnos a todos de acicate en la apasionante e ineludible tarea de construir plataformas para el diálogo filosófico en profundidad entre Oriente y Occidente.

Antonio M. Martín Morillas



Historia de un fracaso

Ann TYLER: *El matrimonio amateur*. Traducción de Gemma Rovira. Madrid, Alfaguara, 2004, 424 pp.

La longevidad parece adueñarse de las tramas de la novela contemporánea y cada vez son más frecuentes los personajes que dan fe de su tiempo desde la distancia de una senectud que no acaba de perfilarse. Presunción teleológica o necesidad crediticia alientan una voluntad de elasticidad biológica que proyecta la imaginación del lector sobre lapsos de tiempo de amplio espectro. En este caso se trata de una novelista coronada por las mieles del éxito desde casi sus comienzos, Ann Tyler, exitosa autora de *El turista accidental* felizmente beneficiada por el efecto de arrastre de la película homónima. Sin embargo, contrariamente a lo que suele constituir la tónica entre los fabricantes de *bestsellers*, Tyler ha ido demostrando con el tiempo y una prolongada trayectoria, que posee no sólo oficio sino maestría. Una muestra de ello es la historia que se trae entre manos, ejemplo de deconstrucción de las trampas, contradicciones, miserias y renunciaciones que evidencia toda relación humana, y particularmente la del matrimonio cuyo desmoronamiento describe con la morosidad de un entomólogo. A través de pinceladas temporales Tyler expone la vida de la familia Antón fundada en un acto iniciático precipitado, la celeridad de un enlace forzado por la guerra, cuyas consecuencias se derivarán a lo largo de más de medio siglo. El desconocimiento, la ignorancia, la incompatibilidad, los enfrentamientos soterrados, las incomprensiones, la hostilidad, la violencia larvada, la rutina, el tedio, en definitiva la colisión de intereses, de expectativas vitales entre dos personas cuyo único momento de coincidencia estuvo provocado por la exaltación prebélica y la necesidad de participar del entusiasmo colectivo que envuelve a combatientes y asimilados, se van desgranando a través de escuetos esbozos, de sinópticos trazos que dan fe del infierno cotidiano que subyace en las vidas de los protagonistas.

Tyler retrata con maestría la inmovilidad de unas vidas apenas alteradas por unos acontecimientos que no sobrepasan la dimensión de meros decorados. Si el entorno carece de incidencia real es porque es en la construcción psicológica de los personajes donde la autora se erige en una gran artífice de caracteres.

José Antonio Cordón